

Mary Shelley

Rosa Beltrán

En el verano de 1816, sólo tenía 18 años. Lo recuerdo ahora, mucho tiempo después. Desde la dimensión en que estoy, reproduciendo lo más fielmente posible aquel verano terrible, tan fielmente que ustedes creerán que en este momento estamos en aquel otro, me propongo decirles exactamente lo que sentí y pensé, sin importarme que estos tres caballeros, tan caros a mi vida de entonces, puedan contradecirme. La vida no sólo ocurre en una dimensión. Y no sólo ocurre una vez, sino que está ocurriendo todo el tiempo. Empezaré por hablarles de una sensación. Lo que sucedió aquel verano sin verano cambió mi vida y, sin embargo, qué raro, el recuerdo más nítido que tengo es un clima y un paisaje. Lo que queda en mí de aquella noche es esa grisura y ese frío clavado en los huesos.

Las condiciones climáticas eran extraordinarias. El Monte Tambora había hecho erupción y eso era lo que provocaba los vientos encontrados y que la tormenta pareciera acercarse desde donde quiera que estuviéramos. Nunca estuve ante un paisaje más desolador; un valle inacabable cubierto de nieve del que sobresalía sólo la punta de unos pinos gigantes. ¿Se imaginan la erupción de un volcán de tal magnitud que cambiara el clima entero de más de un continente? ¿Se imaginan viajar a Ginebra, esperando compartir los días agradables de un verano en una terraza y encontrar en cambio un paisaje permanentemente helado y oscuro? Nieve, vientos encontrados. Durante el trayecto no hubo nada más. Ni piedras ni ríos donde detener los ojos. Eso es lo que recuerdo.

Aunque Percy decidió instalarse en un hotel vecino, Byron nos hizo trasladarnos a Villa Diodati, donde podríamos quedarnos a pasar unos días. Y eso hicimos. Charlábamos a la luz de las velas. No me parecía fascinante; no opinaba como ellos. Byron era el más insistente, había escrito sobre tormentas y castillos embrujados, y quería que escribiéramos una historia de aparecidos. Tenía obsesión por el castillo de Chillon, en Suiza, cercano adonde estábamos. En ese castillo, atado a una argolla de hierro, un partisano permaneció preso por tres años sin ver la luz del día. A él le parecía hechizante la historia, escribiría sobre ella. Percy, mi marido, era de opinión parecida. Ambos adoraban el “delicioso te-

mor”. Así lo llamaban. En esa ocasión se trataba del delicioso temor de una noche como esa. ¿No me parecía ideal? No, no me lo parecía. Porque yo temía, no sé qué. Siempre tuve miedo. No miedo al más allá o a los fantasmas, a todo eso con lo que ellos jugaban y cuyo temor adjudican a las mujeres. Yo tenía un miedo real, concreto. Ellos tres se divertían al asustarse con teorías extrañas, con poemas malignos sobre seres míticos, como aquella Lamia, la serpiente que viene por Christabel y a la que Percy imaginó como una mujer con ojos en los pezones. Eran niños jugando a meterse miedo mediante sus historias de aparecidos. Y algo que no les han dicho: bebían. Ingerían... sustancias, llamémoslas así. Se las proporcionaba Polidori, en su calidad de médico. Y conforme pasaban las horas serían capaces de beber más, de hablar mucho más, de imaginar situaciones imposibles para llegar adonde fuera. Yo lo sabía, Byron había hecho cosas temerarias en sus viajes sin medir las consecuencias de sus actos. ¿Que si lo admiraba? Sí, pero no tanto como él suponía. Soy hija de Mary Wollstonecraft, una mujer que en el siglo XVIII vivía como escritora profesional e independiente en Londres. Al decir “vivía” no me refiero a que lo hiciera como el rico heredero que era Byron, no vivía con sus lujos, pero era capaz de ganarse la vida, algo que ninguna otra mujer de su clase hacía en ese entonces, y esto se le olvidaba a mi amigo George, que era incapaz de imaginar que alguien pudiera pasar los días haciendo cosas que le disgustan para ganarse el sustento y el techo. Y, claro, él que vivía en su imaginación y sus poemas no podía pensar que un día no se pareciera a otro ni pensaba que la época que se vive nos limita en buena medida a hacer lo que hacemos. No se vive igual en un cuerpo de mujer que en uno de hombre. Y por eso sé que para él las fechas no significaban nada, sobre todo en un tiempo como ese, el de aquella noche, un tiempo que creía que los seres humanos habíamos encontrado la libertad y que sólo a través de la pasión desbordada se podía vivir una vida verdadera. Que sólo así se debía vivirla. Pero hay años que no se olvidan y para mí, además de 1816, el año de 1792 marcaría para siempre mi existencia aunque para entonces yo todavía no hubiera nacido. Fue el año en

que mi madre escribió *Vindicación de los derechos de la mujer*, aquel libro que le causaría tantos dolores de cabeza. Por ese libro aprendí que las mujeres no somos por naturaleza inferiores al hombre, sino que parecemos serlo porque no recibimos la misma educación. Y ya me dirán ustedes si no es cierto. George Gordon Byron, sexto barón de Byron, estudió primero en Harrow y después, de joven, en la Universidad de Cambridge. Mi madre en cambio tuvo un padre borracho y gastador. Mi abuelo la obligó a “gastarse” su fortuna antes de tiempo, es decir, que la dejó sin ninguna. ¿Y qué podía hacer una mujer de su condición social en la Inglaterra de su tiempo? Pues lo que hizo. Intentar con unas amigas suyas fundar una escuelita que fracasó, ser dama de compañía de una “señora bien” en Bath, cosa que no resistió, y trabajar de institutriz en Irlanda, por 40 libras, para los Kingsborough, tarea que realizó durante todo el tiempo que pudo hasta que la corrieron. ¿Que por qué despidieron a mi madre, pese al empeño que puso y a su magnífico sentido de la educación? Porque mientras la señora Kingsborough se ausentaba de sus hijas por largos periodos con su marido —cosa bastante normal— y cuando no se ausentaba en vez de entretenerse con ellas se entretenía con sus perritos —cosa también normal—, mi madre enseñó a las dos niñas a su cargo algo terrible y nada normal. Las enseñó a pensar. Pues bien, soy hija de esa mujer que murió a los once días de haberme dado a luz, quien dejó un famoso estudio: “La desafiante situación de las mujeres educadas de forma moderna y que se han quedado sin fortuna”, por el que supe, además de por las conversaciones con mi padre, lo que les acabo de contar. Dirán que esto no tiene que ver con lo que pasó aquella noche en Villa Diodati, pero se equivocan. Tuvo que ver y mucho. Como tuvo que ver también el que yo hubiera crecido con mis dos hermanas (Fanny y Jane o Claire), la primera de ellas hija de mi madre con otro señor, niña que mi madre tuvo siendo aún soltera y que mi padre adoptó como hija suya sin problema y a quien siempre llamé “hermana”. Ojo, no la llamé hermanastra, ni media hermana. Nada ni remotamente parecido a “monstruo” o “criatura”. Lo de “criatura” suena familiar, ¿verdad? Así eran llamadas las hijas concebidas fuera del matrimonio.

Mi padre se preocupó porque las tres tuviéramos una espléndida educación. Es decir, no nos envió a la escuela. Eso también me marcó y por eso traigo a mi padre, William Godwin, a esta noche en Villa Diodati. Él también tuvo una hija con la viuda Mary Jane Clairmont, con quien se casó tras la muerte de su primera esposa. Y esa hermana mía, Jane o Claire, se hizo amante de ¿quién creen? Sí, de Lord Byron.

Hemos sido acusadas de muchas cosas, sobre todo de haber tenido esa educación. Yo me enamoré de Percy Shelley a pesar de que era casado y a los dos meses de



Richard Rothwell, *Mary Shelley*, 1840

haberlo conocido me fugué a Londres con él. Claire se fugó con nosotros. Pero Fanny, que se quedó en casa como debía hacerlo una buena chica con buena educación, se suicidó. Se envenenó con láudano. Y dos años después la esposa de Shelley, Harriet Westbrook, se suicidó también. Yo entonces tenía 16 años.

Así que si me preguntan si los cuentos de fantasmas con que pasaban el rato ellos tres me daban miedo les diré que no. A mí me daban miedo otras cosas.

Me dio miedo, por ejemplo, el juego que empecé a descubrir, entre los tres. A Polidori, George Gordon comenzó a decirle “Polly Dolly”, y mi querido Percy, en vez de reprobarme, lo festejó. ¿En quién convertimos a otro cuando le cambiamos el nombre? ¿Y qué esperamos que ocurra con esa transformación?

Pensé que no importa en qué convirtamos al otro siempre y cuando nos hagamos responsables de ello. La incapacidad de hacernos cargo de aquel otro que construimos es lo que debería darnos miedo. Pensé en Fanny y en Harriet. ¿Hasta qué punto las habíamos convertido en eso en lo que se convirtieron, unas suicidas? ¿Y por qué Byron y Shelley nos dejaban fuera a William y a mí? ¿En qué nos estaban convirtiendo?

A medida que los días pasaban comenzó a oscurecer más temprano y las fechas comenzaron a llegar sin que pudiéramos decir que había amanecido, como si el Sol



Boris Karloff en la película *La novia de Frankenstein*, 1935

se estuviera extinguiendo. Nos vimos obligados a encender las velas desde mediodía, y las conversaciones se fueron tornando ya no fantasmagóricas sino sombrías, siniestras. Ante lo que empezó a ser un vaticinio de muerte, Byron comenzó a hablar de los principios de la animación recién descubiertos, es decir, empezó a hablar de la vida, de otra forma de vida. Polidori intervino. Como médico en funciones, aportó sus conocimientos desde el punto de vista científico y habló de galvanismo. Byron se burló de su aproximación timorata. Dijo, que, sobre todo, era poco poética. El principio de la vida tenía que ver con algo extraordinario, con algo grandioso, citó a Coleridge y su idea de un Dios cósmico, y al comprobar que en efecto William y yo habíamos quedado fuera, sentí el verdadero miedo. Me había mantenido silenciosa, escuchando el sordo rugir de la tormenta, mirando la cicatriz eléctrica de los rayos que caían a lo lejos.

Y pensé: para qué. Para qué seguir en una reunión, para qué seguir en una vida donde uno no es bienvenido. Nos retiramos a dormir. Lo último que había dicho George, después de perseguir a Percy con las imágenes de Christabel y permitir que yo me retirara, fue que no olvidara el compromiso: deberíamos escribir cada uno una historia *Fantasmagoriana*. El término venía de los relatos alemanes de terror que a él le encantaban.

Esa noche en la cama no pude dormir, ni puedo decir siquiera que pensara. Me limitaba a dar vueltas en el lecho con los ojos cerrados. De pronto, la imaginación se apoderó de mi voluntad y mi conciencia. Y en un momento me hizo ver al pálido estudiante de medicina del que todos se burlaban, arrodillado frente a la criatura que había unido con partes de otro cuerpo y a la que le había dado vida. Lo único que sabía, al verla dar sus primeros, torpes pasos, es que no podría hacerse responsable de ella. Así nació la criatura del doctor Frankenstein y *Frankenstein* el libro. Así nació también Mary Shelley para el mundo.

A veces he pensado que esa criatura soy yo. Un ser impertinente, en el sentido literal, alguien que no pertenece. Un ser que aun siendo por naturaleza bueno, no merece amor, ni cabe en ninguna parte. Alguien que mata lo que ama sin saber por qué y a quien de cualquier modo abandonarán. Si les parecen pocas las semejanzas les diré que mi amado esposo se ahogó poco después. Teníamos ocho años de habernos conocido.

Monólogo leído en el acto teatral "La creación del monstruo" en torno a la noche del 16 de junio de 1816 en que se reunieron Percy B. Shelley, Lord Byron y William Polidori en Villa Diodati, donde se gestaron dos obras trascendentales para la literatura: *The Vampire* de Polidori, antecedente de *Dracula* de Bram Stoker, y *Frankenstein* de Mary Shelley.